

# Los Contemporáneos



ROSA DE SEVILLA

NOVELA POR

MORTIZ DE PINEDO

Número extraordinario

10 Cents.

Ayuntamiento de Madrid



# PILOSUBLIMADO

El mejor remedio y el más fino perfume. Con su uso se evita y combate la Calvicie, la Tiña Pelada y las Canas. Venta: en Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Dirigid pedidos: A "Higiénica Española Colom" (S. A.)  
Consejo de Ciento, 336, pral. Teléfono: A. 5396.—BARCELONA



Si quieres eternizar  
de tu cutis la frescura,  
constantemente has de usar  
los productos PECA CURA.

Jabón, 1,40; Crema, 2,10; Polvos color  
moreno (siete matices) rosa o blanco,  
2,20; Agua Cutánea, 5,50; Agua de Co-  
lonia, 3,25, 5, 8 y 14 pts., según frasco.

PROBAD los jabones, PROBAD los polvos  
color moreno (siete matices), rosa blanco,  
serie "Ideal", perfumes: ROSA DE JERICÓ,  
Admirable, MATINAL, Rosa, GINESTA, Chipre,  
Rocio FLOR, Mimosa, VÉRTIGO, ACACIA, MU-  
GUET, Clavel, VIOLETA, Jazmín, 3 pesetas  
pastilla; 4 pesetas caja. NINGUNO los su-  
pera, NINGUNO los iguala en perfume,  
clase ni presentación. Últimas creaciones de  
**CORTÉS HERMANOS.—BARCELONA**

## Fábrica de corbatas

Camisas, guantes - - -

- - - géneros de punto.

Elegancia, surtido y economía.

Precio fijo. 12. CAPELLANES. 12. Precio fijo

Lea usted:

Alrededor del Mundo

25 céntimos

## HIPOFOSFITOS:- SALUD



DA VIDA Y  
VIGOR A  
LOS DÉBILES



29 AÑOS  
DE ÉXITO  
(RECIENTE)

Aviso: Con frecuencia y por mayor lucro en la venta  
se ofrecen similares: fijarse si con tinta roja en la eti-  
queta exterior se lee "HIPOFOSFITOS SALUD".



## ROSA DE SEVILLA

### I

#### EL TRIUNFO

Una salva de aplausos estruendosa acogió la aparición de "Rosa de Sevilla" en el tablado. En primera fila de butacas—todo ojos, todo oídos y todo satisfacción — estaba Damián Galbis. La sala del "Salón-París" abarrotada de hombres, salpicada la masa masculina con alguna que otra Eva después del pecado, vibró unánime con un estremecimiento de sensual admiración.

—¡Qué asombro de mujer!

—¡Qué encanto de criatura!

—¡Qué delicia de cara y de cuerpo!

Todos los gemelos la enfocaban, todos los ojos "se la comían". Un murmullo sordo de eróticas alabanzas impidió oír claramente las primeras frases del cuplé de la debutante.

"Rosa de Sevilla", a la luz de las candilejas, sobre el fondo de una de-

coración de jardín suntuoso, destacaba risueña, radiante, magnífica. Descubierta la cabeza, con el casco de oro del pelo peinado a maravilla, desnudos los brazos, largo el escote y la falda poco más abajo de la rodilla, vestía un breve y precioso traje de tul de plata. En las orejas, en los dedos, esplendían los brillantes. Un collar de perlas menudas le aprisionaba el cuello.

Lina dijo su cuplé con voz segura, sin titubeos ni opacidades de debutante. Y si como mujer electrizó al respetable público—empeñado en perder su respetabilidad ante los encantos de "Rosa de Sevilla"—como artista no gustó gran cosa. Tenía una vocecita de tres al cuarto y cantaba medianamente; sólo el gesto y el ademán gracioso lograban compensar la falta de arte de la cancionista; y so-



bre la gracia estaba, como principal atractivo, la belleza, el lujo, los brillantes.

Aplausos menos calurosos que los de la entrada sonaron en los distintos mutis de la nueva "estrella", que cantó tres o cuatro cuplés más a instancias del público, no tan deseoso de oírla como de retenerla para recreo de la vista. La cortina de terciopelo se juntó y volvió a abrirse repetidas veces en honor de la debutante, que saludaba a la concurrencia con sus más dulces sonrisas. A los pies de la artista cayeron varios ramos de flores, ofrenda de los que madrugaron en su admiración por "Rosa de Sevilla". Una artística y pomposa cesta, que era todo un jardín, regalo de Galbis, vino a empujarse la cuantía de los ramos. Juntóse por última vez la cortina y quedó borrada ante tantos ojos ávidos, la exquisita visión carnal, reproduciéndose en la sala el cálido rumor del principio.

Cuando Lina entró en su camerino, oyendo al paso las felicitaciones de la gente de telón adentro—artistas, dependientes, mirones de entre bastidores—ya esperaba Galbis, sentado junto al tocador donde había una nube de cosas lindas: cajas de alfileres, de polvos, peines, horquillas, pomos de esencia, un espejito de mano, una caja de bombones... El camerino, alfombrado, cubiertas las paredes de muselina, blando, tibio, era como un estuche de aquella joya de carne. Lina había tenido el capricho de instalarlo con lujo.

—Muy bien, Catalinita, muy bien... Has estado admirable.

Venía Lina sudorosa, fatigada, con fatiga dulce, con turbación voluptuosa, como si ya sintiese sobre los hombros desnudos y rosados el peso de su gloria de artista, y sus pies chiquitos hubiesen recorrido un largo camino de triunfos y de rosas.

A sentarse iba un instante, cuando apareció en la puerta del camerino el

empresario, don Napoleón, acompañado de dos amigos que querían ser presentados a "Rosa de Sevilla" para felicitarla. Era uno de ellos grueso, de cara colorada y lustrosa, todo afeitado, con lentes redondos y oliendo a perfume; era el otro alto, desmayado de ademanes, con gesto de cansancio y de cinismo en mezcla mundana, y ambos vestían elegantemente y lucían alhajas.

El perfumado se deshizo en exclamaciones al ver de cerca a Lina:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Qué cosa tan bonita!

Su compañero, al estrecharla la mano, tuvo un gesto de lascivia y dijo arrastrando la frase:

—Es usted la primera mujer de Madrid.

Galbis tosió sin gana, como dando fe de su presencia. Volvieron ellos la cabeza, y don Napoleón, con una mueca elocuentísima, les dió a entender la significación de aquel personaje.

El cínico preguntó a media voz:

—¿Es su marido?

Y sin esperar respuesta:

—Pues es una lástima... porque sería más bonito para usted.

Lina rió la intención. Galbis se puso de pie, acercándose luego al grupo. En aquel instante entraban las flores del escenario, que Lina mandó colocar a su gusto. El ambiente adquirió pronto un fuerte olor a invierno. El señor cínico comentó, socarrón.

—Dan ganas de morirse respirando estas flores.

Lina comentó a su vez:

—¿Morirse? No hable usted de morir. Nada hay como la vida.

El empresario se creyó en el caso de presentar sus amigos a Galbis. Cambiáronse saludos fríos, molesto el amante oficial por la impertinencia de los intrusos y viceversa. Al cabo de pocas palabras, se despidieron. El gordo dijo:

—Repito... Honradísimo con ha-



berla conocido... ¡Ha causado usted una verdadera revolución!

Y el cínico, alargando su mano indolente:

Todo Madrid vendrá a verla a usted.

Ya en el pasillo, añadieron:

—La chica vale de veras cualquier cosa. Pero con ese individuo al lado...

—A ese individuo—dijo el cínico—se la puede uno pegar con gracia. Ya lo verá usted.

—Ché, según, según—intervino don Napoleón.—Mire que yo contrato a muchas, y cuando a una de estas nenas se le pone en la mollera el no hacer caso a nadie... ni siquiera a mí... pues que se salen con la suya, che.

Hablando, se perdieron por los pasillos. Lina retiróse al cuarto contiguo al camarino, para cambiar de traje, asistida por su doncella. Desde dentro respondía a las preguntas de Galbis.

—Estarás contenta.

—Mucho.

—Has tenido un triunfo. La cara del empresario lo dice. Buenos miles de pesetas le vas a meter en el bolsillo. Porque este Salón se llenará diariamente hasta que no quede una rata que no te haya visto.

—Y después seguirá llenándose. "Rosa de Sevilla" será la primera "estrella" de España.

—Sin duda, hijita.

Hubo un silencio. Galbis encendió un habano y se puso a pasear la pequeña estancia, deleitándose en la contemplación de ella. A poco salió Lina, vestida de calle, con largo escote.

—¿Vamos?

—Cuando quieras, hijita.

Lina se volvió a su doncella.

—Pues ponme el abrigo, Pura.

La doncella tomó del cuarto de vestir un soberbio abrigo de pieles y ayudó a Lina a ponérselo.

—¿No me dejó nada? Mira tú si me dejó algo...—y echó una ojeada sobre las sillas, sobre el tocador...

Al ir a salir, apareció un empleado del teatro trayendo una tarjeta.

—Este caballero desea ver a usted.

Lina cogió la tarjeta y leyó: "Aurelio Fontana".

Sintió de pronto el efecto de un mazazo en la frente. Creyó que soñaba, que deliraba. Indudablemente no había leído bien. No era posible que la tarjeta contuviese aquel nombre. Había sido víctima de una alucinación. Bajóse a recoger la cartulina, que hubo de desprenderse de su mano. Volvió a leer, esforzándose en recobrar la serenidad. La tarjeta decía, clara, rotunda: "Aurelio Fontana".

## II

### LO IMPOSIBLE

Al verla, demudado el semblante, Galbis se acercó:

—¿Qué es ello, hijita?

—Nada... que no sé qué quiere este imbécil.

—¿Qué imbécil? A ver...—y alargó la mano a la tarjeta. Al leerla, torció el gesto, pensando: "Efectivamente, ¿qué querrá este hombre?" Y luego, receloso:



—Mira, yo soy enemigo de situaciones violentas; de manera que te dejo y...

Lina le atajó:

—¿Pero quién te ha dicho que voy a recibirle? ¿Qué tengo yo que ver con este hombre? ¿Qué me importa lo que pueda venir a contarme?

Galbis, miedoso, veía una escena calderoniana: el marido que entraba desgreñado, pálido, blandiendo un revólver y empezaba a disparar tiros, primero sobre él, sobre el amante, después sobre su mujer, luego sobre los inocentes mueblecillos...

Un tanto tembloroso, la reconvinó:

—Hijita... al fin y al cabo, es tu marido... Yo creo que debes recibirle... Quién sabe, acaso te convenga escuchar lo que vaya a decirte... El negarte podría exasperarle y...

De nuevo veía Galbis la tanda de tiros, pero esta vez a la puerta del teatro, donde Fontana acechaba la salida de su mujer y el amante para matarlos por haberse negado ella a recibirle.

Lina, pensativa un momento, dijo recobrándose:

—Bien, después de todo... jaqueca más o menos... Diga usted a ese... caballero... que pase.

—Aguarda, aguarda—se apresuró Galbis.—Espera a que salga yo antes...—Y dirigiéndose a Lina:—No es cosa de que yo me quede aquí. No sería correcto... De manera que yo en la calle te espero, a distancia, a cierta distancia quiero decir. En cuanto vea que sales, o sale él, vendré en tu busca...

Y abandonó el "camerino" con azarosa precipitación. Lina tuvo un gesto de desprecio.

—¡Qué hombres!

Y luego, al empleado:

—Ya puede usted decirle que pase. Y tú—a Pura—salte también hasta que te llame.

Salió la doncella, y Lina se sentó tranquilamente, junto al tocador, co-

menzando a jugar con uno de los cachivaches. A poco apareció en la puerta del "camerino", Aurelio.

Venía, efectivamente, como Galbis lo presintió: pálido, desgreñado... pero sin blandir el revólver. Lina se puso en pie y preguntó con displi-

cencia:

—Tú dirás qué deseas.

Aurelio sonrió con mueca amarga.

—Nada, mujer... Que he venido a ver tu "debut"... como todo el mundo... y entro a felicitarte.

Hablaba nerviosamente, mordiéndose las palabras, temblándole las manos.

—No sabía que eras una gran artista, una "estrella" llamada a ser célebre... Te felicito.

Lina se había sentado, y Aurelio dejóse caer en otra silla, frente a ella.

—¿Y qué más? — preguntó Lina, como un reto, impaciente por dar fin a la visita.

—Nada más, mujer—contestó Aurelio con calma sombría.—¿Te parece poco? Que todo el mundo venga a felicitarte... ¡hasta tu marido!... Porque no sé si te acuerdas de que yo he sido tu marido.

Lina se puso en pie y habló altiva:

—Bien. Si nada más tienes que decirme, te ruego que des por terminada la entrevista.

—No tengas prisa, mujer. Déjame descansar un instante de la fatiga de hoy, que no ha sido poca—dijo, acabando la frase con acento sincero.

—No tengo tiempo de escucharte.

—Ni yo ganas de marcharme. Estoy encantado de verte tan guapa, más guapa que nunca, tan bien vestida, tan alhajada... tan descotada... tan feliz..., con la gloria a los pies, y un gran porvenir delante de los ojos...

—¡Vaya, veo que tienes ganas de conversación! — exclamó despectiva, dirigiéndose a la puerta del cuarto con ademán de salir.

Pero Aurelio, de un salto, llegó an-



tes que ella a la puerta para impedir la huida.

—Por lo visto, he de escucharte, quiera o no quiera.

—¡Naturalmente!

—¿Y si grito para que vengan en mi ayuda?

—Para echarme, ¿no es esto? Pues prueba a gritar.

Lina se le quedó mirando, llenos los ojos de odio. Aurelio la tomó un brazo para obligarla a sentarse.

—¡No me toques! — rechazó ella con fiera.

—¡Qué no te toque! ¿Y quién tiene más derecho a tocarte que tu marido? Anda, siéntate y escúchame.

Y como Lina esquivara el cuerpo, Aurelio la prendió con fuerza por una muñeca. Ella dió un grito:

—¡Déjame! Que me lastimas.

—No importa. Más daño me has hecho tú a mí y no me quejo.

Y la obligó a sentarse donde estaba, sentándose él también donde antes, en tanto que ella se ataba el pañuelo a la muñeca dolorida.

—No he querido lastimarte... Perdona... Obligarte a que me escuches, sí...—y Aurelio, al decir esto, fué cambiando de voz, limpia ya de ironía.—¡Porque si vieras, a pesar de tanto daño como me has hecho, las ganas que tenía de verte y hablaste!... ¿Qué quieres! Al corazón no se le manda, y tú, pese a todo, a tanta infamia, a tanto veneno como has echado sobre mi vida, estás tan dentro de mi corazón!...

Hizo una pausa y continuó:

—Nada sabía de ti, nada quería preguntar a nadie, miedoso de las respuestas... ¿Vivirías en Madrid, o en dónde? ¿Y cuál era tu vida? ¿Alegre? ¿Triste? Alegre, sin duda, y llena de afrentas para mí... De pronto, esta tarde te ví pasar en tu coche, cubierta de alhajas, cubierta de lujo, como ahora te veo... ¿No me parecías tú! Y eras tú, sin embargo... ¿Y he corrido tras tu coche, atraído por ti,

con hambre de verte y hablarte! Pero el auto se borró ante mi vista, confundido entre otros... Y entonces, sintiéndome solo otra vez, más solo que nunca, creyendo puerilmente que jamás ya iba a saber de ti, me eché a llorar como un chiquillo, como un enfermo, como un cobarde...

Lina escuchaba con aire indiferente. Aurelio prosiguió sin advertir semejante actitud, embriagado con su propia confesión:

—Al propio tiempo unas palabras me perseguían con obsesión maldita. "Salón París.—Rosa de Sevilla", leía en todas partes... A la puerta de este teatro, en carteles ambulantes, en letreros luminosos; donde quiera que clavaba la vista, salíanme al encuentro, como un reto, las mismas palabras: "Rosa de Sevilla"... Sugestionado por ellas, por ellas atraído, sin sospechar lo que guardaban tras sus letras, como un sonámbulo, como un hipnótico he venido hasta aquí, he entrado en la sala, y al descorrerse la cortina, te he visto... Lo que entonces he sufrido no puedo pintártelo. ¡Tú, en un tablado, divirtiéndote a los hombres, exhibiendo tu carne, tomando el escenario como plataforma de tu mercancía, tú, a quien yo hubiera querido guardar como un tesoro inefable!...

La voz de Aurelio iba descubriendo poco a poco lo que pasaba en su corazón. Tras un suspiro, continuó:

—Y apenas te he visto, he abandonado el teatro, he salido en busca de aire, porque dentro me ahogaba, me moría... viéndote tan cerca de mí y tan lejos... y tan de todos siendo sólo mía!... Pensaba huir de ti, de Madrid, de España, donde jamás fuera posible el volver a encontrarte como hoy, asqueada mi alma de todo este lujo, y esta luz que te envuelve, y que a mí me ha parecido una lepra... ¿Y los pies me han traído hasta ti! Y aquí me tienes... ¿Para qué?... Yo mismo no lo sé... Acaso para pedirte un imposible... No que vuelvas a mí



lado, porque eso es tan ridículo como triste y como irrealizable... Separados nuestros cuerpos, vendido el tuyo a otro hombre o a ciento, tú y yo jamás podríamos volver a juntarnos. Ni tú querías tampoco, odiándome como me odias, ambiciosa de otra vida más cara que la que conmigo vivías. No, no es eso lo que quiero, es... otro imposible, algo que tú no eres capaz de hacer, pero que si me quisieras harías... porque cuando se quiere de veras no hay imposibles ni absurdos. Lo que quiero, Lina, lo que sueño, mejor dicho, es... que abandones esta vida, que vivas honradamente, sin deshonrar mi nombre, sin vender tu cuerpo... Si esto fuera posible; yo trabajaría para ti sola, para ti nada más, para que vivieras tranquila, cómodamente, limpiamente... Yo iría a verte como un amigo, como un hermano, lleno de la tristeza del pasado, pero también de una felicidad extraña: la de verte arrepentida, buena, con una conciencia y un alma. No eres tú capaz de esto, no... pero yo sí lo haría duplicando mis esfuerzos, añadiendo ganancias a las que ya obtengo en el periódico, donde ocupo un buen puesto, donde gano bastante... Eso, eso es lo que quiero, Lina...

Y durante unos instantes, abstraído, soñador, Aurelio vió a Lina arrepentida, a Lina buena, no el retiro de una casita modesta, sino en la paz de un convento, purificada, redimida de sus tristes pecados, santa y feliz, recibiendo de tiempo en tiempo la visita del que había sido su esposo... visitas dulces, de pura comunión espiritual, en que uno y otro hablaban placidamente de la bondad del día, del sol y las flores del jardín, del sosiego del convento, de lo bueno que es vivir con el corazón sereno y la conciencia sin mancha.

Pero de este ensueño absurdo, vino a sacarle la propia voz de Lina, de Lina pervertida, de Lina irredenta:

—Tú mismo confiesas que es un imposible lo que pides... Ni tú podrías nunca ya reunirme conmigo, ni yo tampoco. Nos separamos para siempre. Así pues, demos, si te parece, por terminada esta entrevista, y que cada cual siga su camino... el que quiera o el que pueda...

Aurelio se había puesto de pie y se sentía desconcertado, abúlico, fuera de la normalidad de sus pensamientos. No sabía si marcharse o quedarse allí, hablando, hablando sin tregua, dando rienda suelta al mundo de cosas que le asaltaban el cerebro. Lina, disimulando su impaciencia, permanecía sentada.

—Sí, tienes razón, sueño un imposible... Y no he debido entrar en este cuarto, a verte... Ha sido una estupidez, ciertamente. El que lo sepa lo encontrará ridículo: que un marido, separado de su mujer, vendida ella a otro, venga a verla... Pero qué quieres, yo soy así... He venido a decirte "Reniega de tu presente, bórralo con valentía de alma, sé buena para lo que te resta de vida". Otro, acaso, queriéndote menos, y más vengativo, hubiera entrado en este cuarto para matarte... Yo no sé matar ni quiero matar... Yo sólo sé morir de angustia y de amor estéril, y de impotencia contra la vida.

Quedóse mirando a Lina un punto, y añadió, dirigiéndose a la puerta:

—Lo único que deseo ardientemente es no volver a encontrarte nunca, nunca... ni saber nada de ti, absolutamente nada... Creo que merezco, al menos, de la suerte, esta piedad.

Lina, al volver la espalda su marido, hizo un gesto de enojo y respiro, que expresaba un: "¡Gracias a Dios!"



### III

#### LO QUE NO LLEGABA

No, no quería volver a verla. Había cometido una debilidad imperdonable, entrando en su cuarto. Es el corazón tan flaco, tan cobarde... Pero después de todo, bien estaba el haber entrado. Aun imposible, aun absurdo, había cumplido con un deber, antes de amor que de conciencia, invitándola al buen camino. Ahora, ya para siempre, a vivir sin pensar en ella, a matar su recuerdo, si podía... Porque hay legamo que se pega de tal modo al espíritu, que es imposible desprenderlo de él.

Buscando olvido, como antes, Aurelio se aferró al trabajo, y además de las crónicas de *Vieja Europa* y de los versos y cuentos que enviaba a diversos periódicos ilustrados, escribió un par de comedias. Con ellas bajo el brazo, paseó algunos escenarios, que eran como sus estaciones de Cirineo, y en todos padeció el eterno desdén, la sempiterna negativa. Estaba de Dios, por lo visto, que él triunfara como poeta, como cuentista, como cronista, pero jamás como autor dramático. Parecía un caso de *jettatura*; eran ya muchos años de peregrinación estéril. Pero un día surgió inesperadamente la primera posibilidad de estrenó.

El "Moratín" había cambiado de empresa, pasando a manos de Virgilio Trucharte, antiguo autor dramático, crítico después, uno de esos autores fracasados metidos a críticos, y por último a empresarios, encontrando en esta tercera naturaleza su mejor em-

pleo cerca del arte, que sin duda es más fácil comerciar con él que producirlo o juzgarlo. No era Trucharte hombre de muchos amigos y sí de avinagrado genio, no se sabe si por efecto de sus comedias "pateadas" o por el abuso del "escapelo", pero por Fontana había tenido siempre, a creerle, gran estimación personal y literaria.

Fué el propio Trucharte quien invitó a Aurelio, con gran asombro de éste, a "llevarle una cosa". Es necesario que estrene, usted—le dijo—porque usted vale mucho, porque lleva usted dentro a un gran autor dramático. Traígame cualquiera de las comedias que me dió a leer y la ensayaremos inmediatamente.

Al oír hablar con tal seguridad de sus méritos de dramaturgo, Fontana, emocionadísimo, sufrió más que gozó; tal era la sorpresa que le causaba el ver que alguien tenía fe en aquello por que tanto le habían desdenado. Y ahora que alguien fiaba en sus méritos, empezaba él a dudar de ellos...

¿Y quién le hablaba tan noblemente, tan consoladoramente? Virgilio Trucharte, el crítico agrio, el zoilo cruel, el hombre con fama de antipático, de quien él, Fontana, no había hecho alguna vez buena ausencia... por supuesto, como todos los que a Trucharte conocían. Ganas le entraron ahora de ir a pedirle perdón y, avergonzado excesivamente por tan leves culpas, comenzó a sentir un leal, un sincero afecto hacia el crítico malquisto.



Haciendo honor a su palabra, Trucharte puso en ensayo a los tres días de recibirla, una comedia de Fontana, titulada *Los dioses pequeños*. Al éxito de la lectura sucedió el entusiasmo con que los cómicos "pasaban" la obra. Virginia Sedó, la primera actriz, esperaba tener un gran triunfo con la protagonista, tipo de mujer moderna elevado, de alta belleza moral. Enamorada de su papel, la Sedó freía a preguntas a Fontana, consultándole detalles, matices. Fontana, aturdido de verse ensayando una comedia—lo soñado, lo imposible—decía a todo que sí, sin enterarse de nada.

—¿Pero qué le pasa a usted, hombre? ¿Está usted dormido?—le gritaba la Sedó, viendo el ensimismamiento del autor, que unas veces, sentado junto a la concha, otras de pie entre las cajas, presenciaba los ensayos como un extraño.—¿Qué le pasa a usted?

—Nada... absolutamente nada...—sonreía Fontana, saliendo de su sueño.

—Va usted a ver qué triunfo tenemos... Yo, gracias a usted, que ha escrito el papel más bonito que he hecho en mi vida. Y usted, gracias a ese talento que le ha metido Dios en la cabeza... y gracias también a mí, aunque sólo sea un poquito, que voy a dar al personaje de esa mujer todo lo que ha soñado usted que tenga... y perdone la inmodestia, pero es la pura verdad.

La noche del estreno, Fontana creyóse transplantado de golpe a otro planeta: tal era la confusión en que estaba, tan raro le parecía todo. Iba de una parte a otra sin voluntad y sin objeto. Al levantarse el telón, temblaba de pies a cabeza, lleno de miedo, como el autor menos seguro de su obra. Trucharte, al pasar, viéndole en tal estado, le dijo con su característica acidez. "No sea usted bruto... Esta noche sale usted de aquí como el primer dramaturgo de España".

Durante el acto, la Sedó fué llama-

da en los dos mutis que tenía. Las dos veces se acercó a Fontana con los ojos llenos de lágrimas y la voz gozosa:

—¿Ve usted, lo ve usted, señor autor? ¡Mi mayor triunfo es el de esta noche!... Ahora va a tocarle a usted, y más en gordo.

En efecto; al acabar el acto, el público reclamó la presencia de Fontana y éste salió, diez, quince, veinte veces a oír los aplausos. Comenzaba a moldearse la gloria ante los ojos atónitos de Aurelio. Cayó el telón en el segundo acto y el éxito creció aún más, y cuando al final del tercero, el público, enardecido, batía palmas y profería "bravos", Fontana, como despertando súbitamente de un largo sueño, sonrió victorioso entre la emoción, pensando: "Aquí está ya... no me engañé... esta es la hora que esperaba..."

Los aplausos resonaban sin interrupción; el público saludaba con ellos a un nuevo y gran autor dramático, al autor de una comedia originalísima, inspirada, fuerte y valiente. Cogido de las manos por la Sedó y el primer actor, Fontana avanzaba una y otra vez hasta el proscenio, aspirando el incienso de la gloria... Cuando bajó el telón para no volver a alzarse, Fontana sintió que la mano de la Sedó que oprimía la suya, se crispaba hasta hacerle daño. Al volverse hacia ella, vió que el cuerpo de la actriz se derrumbaba en un desmayo, al mismo tiempo que rompía a llorar nerviosamente... Se apresuró a contener la caída en unión del primer actor, que también se había dado cuenta del accidente. Entre ambos la sentaron en un sillón de la escena, en tanto se apiñaban alrededor los demás artistas y acudían también cuantos se hallaban entre pastidores.

—¿Qué le ocurre? Un síncope...

—Sí, un acceso nervioso...

—A ver, agua... un poco de azahar... éter...



La Sedó dejó de llorar y empezó a reír de un modo histérico, apretando los puños, los dientes... Luego, lloraba y reía a un tiempo. Mientras traían el azahar, Trucharte, que advertido del accidente, había llegado hasta la Sedó, comentó malhumorado:

—¿Pero qué le pasa a esta mujer? Desde que empezamos a ensayar la comedia, está como tonta... como loca... A ratos contentísima, y otros que no hay quien la aguante... Y para fin de fiesta, este soponcio de risa y llanto... No me lo explico.

#### IV

##### AL DÍA SIGUIENTE

Cuando se la pasó el soponcio, la Sedó se deshizo en excusas:

—Ustedes perdonen... Les he dado un mal rato...

Y dirigiéndose a Fontana:

—Usted tiene la culpa... Nunca me ha aplaudido el público como esta noche... y sin duda me ha impresionado...

Los cómicos habían ido desfilando y Fontana desapareció a la vista de la actriz, rodeado y apretujado por una nube de amigos, conocidos y admiradores que entraron a felicitar al nuevo gran autor. Abrazos, apretones de manos, alabanzas, enhorabuenas... Hasta aquellos que apenas habían cruzado con él cuatro palabras, se titulaban ya grandes amigos. Alrededor de Fontana alzabase el murmullo elogioso y también mentiroso que despierta el triunfo. Del grupo de los más apasionados surgió la idea de ofrecerle un banquete...

Al día siguiente la Prensa dedicaba sendas reseñas al estreno de *Los dioses pequeños* haciéndose lenguas del mérito de la comedia, poniéndola únicamente algún que otro leve reparo. Las revistas ilustradas publicaban el retrato de Fontana y fotografías de

las escenas culminantes. La celebridad abría sus grandes alas, cobijando la juvenil cabeza del poeta...

Cuando, a la noche siguiente al estreno, Fontana entró en el teatro, tropezó en un pasillo con la Sedó, que en vez de contestar al saludo de Aurelio, volvióle la espalda luego de dedicarle un mohín malhumorado. Pensativo quedóse el triunfador, rebuscando en la memoria la causa a que pudiera obedecer desdeñ semejante, cuando volviendo la Sedó sobre los talones, espetóle con ímpetu:

—Es usted un mal educado... y un necio... y merecía usted que no volviera a mirarle a la cara...

Fontana, atónito, no sabía si la Sedó hablaba en serio o en broma.

—Sí, señor, sí... no me mire usted con ese asombro... Es usted un mal educado... Podía yo haberme muerto anoche y usted sin enterarse... ¡No ha sido usted para mandar esta mañana a mi casa un mal recado, interesándose por mi salud!... Es usted un estúpido... Yo, que me he tomado el interés que usted no sabe en hacer de mi papel una creación para que usted se luzca, caballero, que a mí maldito lo que me importa el papel ese... Y



usted tan tranquilo, tan en la luna, que parece que se ha caído usted de ella... Pues ha de saber usted que al llegar a mi casa me puse malísima, y he estado esta noche si me moría o no me moría... y gracias a Dios, no me he muerto, pero para usted hubiera sido lo mismo... no se hubiera usted enterado hasta recibir la esquela...

Fontana estaba realmente asombrado con lo que oía a la Sedó... ¿Qué confianza tenía esta señora para hablarle así? Se acordó del soponcio y de las palabras de Trucharte. ¿Se trataba de una histérica, de una neurasténica? ¿De una tonta o de una loca? Indudablemente, aquella cabeza no debía regir bien...

A disculparse iba por salir del paso, cuando la Sedó continuó con igual vehemencia:

—Y usted dirá ahora que la grosera soy yo, que no he debido ofender a usted de este modo, que usted no tiene la culpa de que... Efectivamente, tiene usted razón; perdóname usted, perdóname... No he debido decirle una palabra..., usted, con su

triunfo, no se da cuenta de nada... está usted dispensado del recadito... Pero para otra vez..., para otra vez ya lo sabe usted... Quiero decir con esto que yo le hubiera agradecido tanto esa atención..., mejor dicho, ese recuerdo... Porque, aunque usted no quiera, usted y yo estamos unidos por una misma cosa: la comedia de usted. Su triunfo va unido al mío, al mayor que he alcanzado en mi vida artística... No me negará usted que este lazo nos une... Y, en fin..., después de esta explicación, supongo que quedaremos amigos, ¿verdad? Amigos de veras...

Y al decir la última frase, la Sedó, sonriendo, mimosa, tendía a Fontana su pequeña mano blanca, que él estrechó tan estupefacto como antes. De pronto, luego de mirarle un punto, se echó a reír y salió corriendo, pasillo adelante, camino de su cuarto.

Fontana la vio desaparecer, ya un tanto aclaradas sus dudas por cierta sospecha. Pero recordó nuevamente las palabras de Trucharte sobre si la Sedó era tonta o estaba loca.

#### INTENTO DE RETRATO

Una semana después se celebraba el banquete en honor de Aurelio Fontana. Fué una comida en uno de los *restaurants* de moda, a 20 pesetas el cubierto, precio que por sí sólo daba idea de la calidad de los comensales: aquellas 20 pesetas impedían el acceso al comedor de los antiguos amigos de Fontana, del hampa literaria casi todos, y significaban la asistencia al acto de muchos primates de la dra-

maturgia, la novela y el periodismo.

Un centenar de personas se reunió en torno al autor de *Los dioses pequeños*; entre ellas figuraba la dirección y redacción en pleno de *Vieja Europa*, orgullosos de que hubiese salido de su seno dramaturgo de tal fuste y tan prometedor porvenir. El bohemio de dos días antes, hubo de presentarse para recibir el agasajo, vestido de *smoking*, esplendorosa la pe-



chera, peinado escrupulosamente el pelo hasta entonces en desorden por convencionalismo artístico.

A los postres leyéronse las consabidas adhesiones de los que excusan su asistencia con fórmulas desacreditadas y los que sintiéndose superiores no se creen en el caso de asistir, limitándose al envío de unas líneas amables. Y tras la lectura de cartas y tarjetas, vino la irremediable serie de discursos y brindis de quienes tratan de aprovechar para el propio lustre el brillo ajeno. A todos dió las gracias el agasajado con palabras sencillas y emocionadas, dando ellas fin a la fiesta, a esa fiesta que en las reseñas periodísticas del día siguiente suele denominarse cordial, pese al "despellejamiento" que se acostumbra entre los ciudadanos de la bien llamada república de las letras.

Al entrar Fontana en el *restaurant*, acompañado de Trucharte, quien, por cierto, hubo de dejarse algunas tiras del pellejo en el salón del banquete, el encargado le entregó un sobre que decía: "Suplicada, en propia mano, para Don Aurelio Fontana". El pliego, que Aurelio leyó al dirigirse al comedor, contenía estas palabras: "Yo también me acuerdo de usted en esta hora en que todos le festejan por su talento y su victoria.—Una admiradora de corazón."

Instintivamente, se acordó de la Sedó. ¿Quién sino ella podía ser la autora de aquellas líneas? Claramente advertía los propósitos de la actriz hacia una aproximación... Pero ¿de qué clase?

La Sedó no era de esas actrices de historia conocida, de las que cualquiera puede contar de pe a pa los episodios más salientes. Era soltera; no se le conocían amores; únicamente se susurraba, pero sin que estuvieran acordes las distintas referencias sobre ello, que años antes había tenido un mal paso, y un chiquillo fruto de él, que debió morir porque no se sabía

de su existencia. Esto es todo lo que, de un modo inseguro, se contaba de la Sedó.

La amistad que parecía buscar con Fontana, ¿tendría por fin un devaneo, de mujer vanidosa, encaprichada por la celebridad en moda o suponiéndole soltero, como tanta gente, y dadas las circunstancias de su matrimonio, pensaría seriamente en un amor honesto, santificado en el altar? No sabía qué suponer por lo mismo que ignoraba datos concretos de la personalidad moral de la Sedó... Lo único claro, terminante, era aquella actitud, aquel deseo de trato, aquella red sutilísima tendida hacia él para atraerle. A esperar, pues, tranquilamente, la solución del problema.

Obsesionado, pese a su voluntad, por el recuerdo de Lina, ninguna mujer solicitaba su curiosidad, pero al propio tiempo deseaba ardientemente poder matar en el de otra aquel amor tan terco y tan triste... ¿Sería la Sedó la destinada a este remedio? A decir verdad, no le atría poco ni mucho, y no porque careciese de encantos la actriz del "Moratín": era mujer de atractiva belleza, alta, bien puesta de carnes, con unos ojos negros de humbre vivísima y la piel de un moreno claro, limpio. Pasaba de los treinta, acaso rondase un lustro más, pero no acusaba ajamiento alguno su lozanía.

Cuando, finado el banquete, Fontana se trasladó al teatro a recibir los aplausos de todas las noches, la Sedó apresuróse a felicitarle por el homenaje. Fontana sonrió misteriosamente:

—Creo haber recibido ya la felicitación de usted.

—¿Cuándo?

—Durante el propio homenaje, ¿no?

—¿En qué forma?—añadió la Sedó mirándole con ojos inocentes.

Fontana dudó un instante. ¿No sería ella?... ¿Pero quién sino ella podía escribir...? Y la interrogó a su



vez, observando la fisonomía de la cómica.

—¿Está usted segura, señorita Sedó, de felicitarme por primera vez esta noche?

La Sedó sostuvo la mirada, poniendo unos ojos cándidos y dijo después, lentamente:

—Segurísima.

—Bien está. Confieso entonces que me equivoqué.

—Pues qué, ¿recibió alguna cartita, algún “perfumado billete”, como decimos en las viejas comedias? No es extraño... Es usted el héroe del día... Más de una mujer envidiaría, seguramente, a la pobrísima que en este momento tiene el honor de conversar con usted... dé ver de cerca al grande hombre...

Y la Sedó acabó la frase con una carcajada extraña, una de esas risas que desconcertaban a Fontana.

Hablaban, sin testigos, en el cuarto de la actriz, mientras se desarrollaban las primeras escenas del tercer acto de *Los dioses*. Sin saber cómo, por ese encadenamiento misterioso de las ideas, ajeno tantas veces a la voluntad y a la conciencia, la actriz y el poeta fueron confesándose mutuamente, descubriendo sus almas... ella con vehemencia, apasionada, ingenua, él con afán de olvido, con sed de consuelo de sus amarguras. Fueron hablando, hablando... Por boca de Aurelio supo ella la historia de Lina; por boca de Virginia Sedó supo él la vida de la actriz... Una vida triste. De niña había estado, huérfana y desamparada, mendigando a veces, al cuidado, si así pudo llamarse, de unos parientes lejanos y pobres y aún más que pobres, villanos. De adolescente había trabajado en multitud de oficios para mal comer y vestir, hasta que logró dedicarse al teatro, corriendo pueblos en miseria farandulera, haciendo dramones tremendos, vistiéndose de

reina con fastuosidad haraposa, interpretando mujeres históricas y legendarias con voz enfática y ademanes hinchados, encarnando, en fin, algo sublime y grotesco a un tiempo, con el estómago vacío y revestido de oropel.

Y en la tragedia, en el drama sanguinolento, había ido desarrollando sus después grandes aptitudes artísticas aquella niña de quince, de diez y ocho años. Semejantes aptitudes acaso provenían de hechos ocurridos en la propia vida de la mujercita, de sucesos trágicos que sin duda dejaron un sedimento imborrable en su alma.

Teniendo diez años, se incendió el chamizo en que vivían sus parientes, y la niña Virginia fué sacada entre las llamas por unas manos extrañas y piadosas. Cuatro años más tarde, asaltaron unos malhechores la casa que ocupaban en un arrabal de Madrid para robar a sus “tíos” que entre el hampa miserable tenían fama de ricos y avaros, y en aquella ocasión, Virginia fué amordazada y atada, y sacrificada su pureza... Otros sucesos lúgubres había en su vida, y todos fueron dejando un poso en el espíritu de Virginia. Pero ésta tenía un corazón bueno, enamorado de lo alto y de lo puro, y un carácter, pese a sus aconteceres, propenso al optimismo y la alegría... y de ahí la rara mezcla de sentimientos que determinaban el genio de la Sedó; aquel amasijo, aquella amalgama de risas súbitas y llantos sin motivos, de profundas melancolías e intensas jovialidades, de vehemencias y desdenes, de palabras agrias y cariñosas... De ahí que no se supiera cuándo representaba comedias o decía verdad. De ahí que a ratos, por actos y palabras, pareciese tan pronto reflexiva, tan pronto loca, y hasta sublime a veces... Mujer extraña, contradictoria, romántica, vulgar, buenísima de corazón, pero—según Trucharte—“tonta de la cabeza”.



...Y al cabo de las mutuas confianzas quedó pactado, también sin saber cómo, la íntima amistad de la actriz y el poeta. El segundo apunte asomó la cabeza en el "camerino": "Señorita Sedó, a escena", y Virginia tendió la mano, trémula de emoción, a Aurelio, diciéndole:

—Amigos para siempre, ¿verdad? ¡Para toda la vida, para toda la vida!...

Fontana estrechó con efusión aquella mano palpitante. Y sin abandonarla, atrajo hacia sí, suavemente, el cuerpo de Virginia, buscando sus labios. Pero se oyeron los pasos precipitados del segundo apunte, que repitió apremiante: "¡A escena, señorita Sedó! Va a salir".

Huyó corriendo la comedianta, volviendo la cabeza para sonreír apasionadamente a Aurelio, que se quedó solo en el cuarto. Meno el corazón de melancolía, por la historia de Virginia, por el recuerdo de Lina, por el pacto inconsciente que acababa de sellar con aquella mujer.

Tres días después la visitaba en su propia casa, un pisito coquetón de la calle de Serrano, donde vivía acompañada de una sirvienta vieja. Fue una entrevista larga, de toda una tarde, en que después de celebradas sus nupcias de amor, Virginia habló a Aurelio con toda su vehemente sinceridad:

—Aunque no lo creas, aunque te parezca prematuro, yo te digo, yo te

juro, que estoy loca por ti, completamente loca por ti, enamorada de tu talento y de tu persona, de lo bueno que pareces, de lo triste que estás; enamorada de todo tú... Ahora ya puedo decírtelo, aunque no me creas todavía, pero ya llegarás a creerme; estoy ciega por ti desde el día que te vi por primera vez. Comprendí, al conocerte, porque una voz se lo dijo a mi corazón, que ibas a ser tú mi primero y único y desesperado amor... Y no me engañé... ya está aquí, ya ha nacido, ya me ata a tu alma y a tu cuerpo... Porque desbordaba en mí, porque era ya más fuerte que yo, la noche del estreno de tu comedia, al verte aclamado, victorioso, feliz, como si se tratase de algo mío—y mío era ya—la emoción me venció y me desmayé... sin poder decirte que era por ti, porque te quería, porque aquel triunfo por ser tuyo era también mío... Y desde aquella noche habrás visto cómo te buscaba, cómo sufría, cómo intentaba darte a entender lo que para ti era yo...

A música le sonaba a Fontana la voz de Virginia, a una música blanda, dulce, pero que no lograba interesar su corazón lo más mínimo. Comprendía, más bien por sugestión que por razonamiento, que aquella mujer decía la verdad, y de verdad estaba enamorada, pero en vano intentó varias veces ensayar una respuesta piadosa en consonancia con tan apasionada declaración de amor; las palabras no



brotaban, la lengua se resistía a mentir, el corazón se negaba rotundamente a cambiar de ídolo.

Y las así empezadas relaciones, deslizábanse dichosamente, colmando de alegrías a Virginia, aturdiendo un poco a Aurelio y desprendiéndole de sus tristezas y recuerdos. Juntos pasaban casi todo el tiempo; las noches en el teatro, las tardes en que no había ensayo, en casa de Virginia; juntos cenaban muchas noches en el "Moratín" o en algún "restaurant"; sólo se separaban al acabar la función, cuando después de acompañar a Virginia hasta la puerta de su casa en compañía de la sirvienta que iba a buscarla al teatro, tomaba Aurelio el camino de su cuarto de soltero en una fonda de la calle del Carmen, adonde se había trasladado a los pocos días del estreno de su comedia.

A los tres meses de hacer esta vida, Fontana pensó en que había que cambiarla forzosamente. No trabajaba nada, no cogía la pluma. Ciertamente que *Los dioses pequeños* continuaban en el cartel del "Moratín", contando ya un centenar de representaciones y que recorrían en triunfal carrera casi todas las capitales; pero no se trataba sólo de lucro, sino de afán de trabajo, de estímulo para merecer nuevos laureles y de la propia satisfacción de crear. Así, pues, decidió dedicar las tardes al trabajo, dejando las noches para pasarlas en el "camerino" de su amor. Pero Virginia se escandalizó al oír esto. De ninguna manera podía ella consentir que se separase tantas horas. Cuando quisiese trabajar, alguna que otra tarde, nada más, que trabajase en casa de ella, donde podía hacerlo con toda comodidad. Si para esto era preciso que se instalase un despacho, ella se encargaría de comprar uno, precioso, que tendría mucho gusto en regalárselo. Aquella misma tarde salió ella a buscar en los almacenes de muebles.

Aurelio la atajó. No era menester

tanto. Se avenía a escribir en casa de ella, qué remedio, pero sin comprar nada. Terca en su propósito, Virginia encargó un bonito despacho, sorprendiendo a Aurelio con su instalación a los pocos días.

El soñado trabajo en casa de Virginia, no era empresa fácil. Aurelio intentaba retirarse al despacho, pero ella sabía retenerle a pretexto de que se aburría sola, de que no tenía ninguna necesidad de escribir, de que iba a contarle esto o lo otro. Cuando lograba escapar de tales argucias y se encerraba en el despacho, tampoco era tarea expedita el escribir diez minutos seguidos. A cada momento asomaba Virginia para preguntarle sonriente: "¿Te molesto?... Vengo a coger un libro... ¿Quieres tomar alguna cosa? ¿Llamabas? Me sentaré aquí mientras tú trabajas. ¿Vas a acabar pronto?" Y tantas entradas y salidas, preguntas y observaciones, sonrisas y mimos, hacían imposible la labor.

Aun a trueque de disgustar un poco a su cordera, Aurelio dejaba de acudir algunas tardes al "despacho", quedándose a trabajar en su gabinete de la fonda. Virginia le recriminaba agriamente tamaño delito, aunque en aquella acidez hubiese siempre una buena dosis de halagos; fingíase disgustada y malhumorada, sin estarlo nunca, pues que la felicidad le rebosaba por los ojos y se le subía desde el corazón a la boca; y cuando la falta se prolongaba tres o cuatro tardes consecutivas, la amantísima mujercita se hacía la triste o la enferma o la desgraciada con puerilidad transparente, para que, compadecido de ella, compensase Aurelio las ausencias con permanencias más largas. Había mucho de infantilismo alegre en el temperamento de la Sedó y otro tanto de romanticismo agudo. De éste eran testimonio las cartas que algunas de las tardes que faltaba Aurelio, le enviaba Virginia a la fonda; cartas apasionadas, exaltadas, soñadoras, en



que juraba por el sol y la luna la firmeza de su amor y le hablaba de viajes imposibles a países imaginarios y de una vida nueva en reinos de ensueño; cantas pintorescas, disparatadas, incoherentes, graciosas, que tenían un raro perfume de verdad dentro de lo irrealizable, que trascendían a cariño loco, abnegado, supremo, que descubrían, pese al frágil castillo de caprichosas imaginaciones, un corazón grande, capaz de lo más alto y lo

más doloroso por la defensa de su amor.

Cuando Aurelio leía estas cartas, recordaba indefectiblemente las palabras de Trucharte: "Esta mujer es tonta o está loca". Y sonreía porque, a través de tanto disparate lírico, veía —lo que Trucharte no acertaba a descubrir— un alma de mujer, perteneciente al más esclarecido linaje espiritual. O, al menos, así se lo figuraba Fontana.

## VII

### EL PRÍNCIPE VIENE A CUMPLIR SU PALABRA

Lina, en tanto, había terminado su contrata en el "Salón-París". Durante aquellos tres meses todo Madrid había ido a verla, a admirar su belleza, sus trajes y sus brillantes; lo que menos interesaba era la artista. "Si en vez de salir a cantar un cuplé—comentó un amigo de la Empresa—saliese esta mujer sencillamente a darnos las buenas noches, lo mismo la aplaudiríamos".

Al terminar el contrato, el empresario, con impavidez admirable, propuso a Lina una prórroga de otros tres meses, sin sueldo. Lina estuvo a punto de abofetearle. ¡El muy ladrón...! Con el dinero que había ganado gracias a ella! Un agente de espectáculos le hacía ofertas para distintas capitales. Don Napoleón entonces le ofreció diez duros de sueldo. Ella, que quería continuar en Madrid, iba ya a firmar el compromiso, cuando le ofrecieron desde Barcelona veinte duros, y aceptó porque don Napoleón no quiso pasar de los quince. Cinicamente confesó: "Hace dos me-

ses, todavía pude haberle dado veinte duros, pero ahora ya está gastada, ya la ha visto todo Madrid, y como usted no es una artista..." Lina llenó de improperios al empresario por esta franqueza, y se trasladó a Barcelona en compañía de Galbis, quien, víctima de los lujos de su amiga, engañado por ella con el sueldo que desde el primer día iba a disfrutar en el "Salón-París", ardía en ganas de que ganase algo para no estrujar tan despiadadamente por más tiempo la propia bolsa. Miedo tenía Galbis a hacer las cuentas de lo que le llevaba costado el lujo de Lina.

En Barcelona obtuvo "Rosa de Sevilla" el mismo éxito que en Madrid: insuperable para las atracciones de la mujer, mediano para los méritos de la artista. Durante su actuación allí, se enteró por los periódicos del triunfo de su marido. Al leer las reseñas teatrales, tan copiosas en elogios, al enterarse días después del banquete celebrado en su honor, y ver que se hablaba de Aurelio Fontana como de



uno de los hombres más importantes de España y que más dinero iban a ganar, Lina tuvo momentos de asombro. ¿Es decir, que aquello que ella esperó un día y que luego desechó por imposible, por irrealizable... había llegado ya, era ya una verdad? Con ojos atónitos, contestábase involuntariamente: "Sí, aquello de que tanto se había burlado ella cuando dejó de creer, era verdad. Su marido tenía razón. Llegaría a ser célebre y rico; llegaría a rodearla de lujos y comodidades, satisfaciendo todos sus gustos caros, todos sus caprichos locos. Tenía razón, tenía razón." Y en su asombro, figurósele a Lina el triunfo de Aurelio una especie de cuento de maravilla, pero de cuento extraño, como si estando soñando, por ejemplo, que venía un príncipe a casarse con ella, despertase de pronto exclamando desencantada: "¡Bah, esto ha sido un sueño!" y la respondiese una voz de alguien que estuviese a su lado y dijese: "¡No, no ha sido un sueño... aquí estoy, aquí me tienes!"

El sueño era verdad; la quimera durante tiempo acariciada, la que hizo que Lina siguiese a Aurelio, atraída por el resplandor de la estrella de la gloria, brillaba ya con su luz verdadera... Los ojos atónitos de Lina resistíanse a ver lo que veían, lo que tan imposible, tan mentiroso juzgó ella. Y aún fué mayor su asombro cuando vió aparecer en la puerta de la estancia donde se hallaba, que era su cuarto de la fonda, la bizarra figura de un príncipe, cuyo rostro era el de Aurelio, que destocándose gentilmente su sombrero de plumas, avanzaba risueño hasta ella...

Restregóse los ojos con súbito ademán. "¡Estupidez más grande! — exclamó— ¡Pues no estoy soñando despierta? ¡Un príncipe, mi marido! ¡Un príncipe bizarro, él! Ja, ja... Si que tiene gracia la cosa..."

Y Lina rió ruidosamente, largamente, burlándose de sus propias fantasías.

Pero entre sus manos estaban aún los periódicos de Madrid que comentaban el triunfo de Aurelio.

## VIII

### UNA AVENTURA

Cierta noche al salir a hacer su número, un "botones" del teatro la entregó con toda reserva una carta. Lina había recibido no pocas durante su actuación en Madrid. Todas se parecían; eran unas firmadas, otras de admiradores anónimos, pidiéndole una cita para poder declararla la misma pasión volcánica. Lina solía arrugar los pliegos entre los dedos, arrojándolos después. Muchas veces ni

aún terminaba la lectura de los amorosos billetes.

Pero esta vez, al pasar la vista por el papel, sintió cierta curiosidad por el laconismo y estilo del escrito, que sólo contenía estas palabras: "Su admirador de la butaca número 2, de la fila primera".

Apenas pisó el tablado, buscó con la mirada al ocupante de la referida localidad. Y el descubrimiento le fué



grato a los ojos. Se trataba de un hombre joven, guapo, elegantísimo, con brillantes enormes refulgendo en la pechera charolada y en ambas manos. Tenía tipo extranjero; era alto, carnoso, de rostro ligeramente enrojecido, todo afeitado, y usaba monóculo, que se quitaba y se ponía, según pudo observar Lina durante su trabajo.

A la noche siguiente, el mismo "botones" con la misma reserva, entregó a Lina otra carta que decía: "¿Le agradan los collares de perlas? Me concedería grande honor aceptando el que deseo ofrecerle. ¿Cuándo? Usted tendrá la gentileza de darme hora y sitio. Se que tiene usted dueño y por esto no me atrevo ni aún a entrar a saludarla en su camerino."

Esta segunda carta dejó pensativa a Lina. Un collar de perlas... Los brillantes enormes de los dedos y de la pechera de aquel hombre, extranjero por el tipo, no por su modo de escribir el castellano... Aquello no parecía una aventura vulgar. Se trataba, nada menos, que de un millonario, acaso un multimillonario, cuando a las primeras de cambio ofrecía un collar de perlas... ¿Qué dejaría para la segunda entrevista?

Lina meditó largamente. Y al cabo de sus meditaciones decidió no contestar. A un millonario había que tratarle como a tal; había que hacerle desear un poco la conquista; no era cosa de deslumbrarse como una paleta al solo anuncio del brillo de un collar... Se imponía el más fino arte de mujer. La conquista de su belleza, bien administrada por su habilidad, traería sabe Dios cuánto más tras el collar de perlas.

Pasaron tres, seis, ocho días, sin

que Lina contestara y sin que el caballero de la butaca número 2 de la primera fila volviera a enviarla carta alguna, limitándose a ocupar su localidad al comenzar la sección en que actuaba *Rosa de Sevilla*, y abandonándola al bajar el telón luego de los últimos saludos al público de la artista.

Pasada la semana, Lina recibió de manos del "botones" una nueva cartita. Sólo decía: "No tengo prisa ninguna. Pero sigo esperando."

Lina pensó si sería conveniente prolongar aquella espera una semana más, dos, un mes... Pero al cabo de ese tiempo, el final sería lo mismo que ahora, dada la paciencia del caballero. Así, pues, no valía la pena de hacerle esperar más. Ella había demostrado, sin duda, que no se atolondraba, que no se ofuscaba tan pronto por el anuncio de un collar de perlas. Pero, por otra parte, ya era cosa de apoderarse de él. Y bien valía un collar de perlas el traicionar a Galbis... ¡Qué diablo! a última hora hasta sin el collar. Aquel hombre le había gustado. Mejor dicho, era el primer hombre que le gustaba, que le atraía. Su marido, jamás le había parecido atractivo, ni aún cuando le siguió, de soltera, para entregarse a él. Y en cuanto a Galbis, siempre le fué repulsivo por su aire de amo, de hombre que paga a la hembra con regateos, aunque ella había sabido sacarle los cuartos.

A las tres noches de recibir la última carta, Lina entregó al "botones" del teatro, otra que decía únicamente, imitando el estilo de su admirador: "Mañana, a las cuatro, en el Parque, junto al Acuarium".



## COMO VIEJOS AMIGOS

Y a las cuatro y media, porque bien valía la pena de hacerle esperar media hora a galán tan paciente, asomó Lina entre los árboles de la glorieta donde se alzaba el Aquarium. Como centinela que lo guardase celoso, paseábase ante él, vestido de otro color que por las noches, el caballero de la butaca número 2.

Se estrecharon la mano con efusión de viejos amigos. Aunque por distinta causa, se deseaban ambos lo mismo. El la recriminó con dulzura... "No tiene usted perdón de Dios. Aunque le haya escrito que no tenía prisa, me ha hecho usted padecer mucho".

Se miraban, se sonreían, satisfechos ambos del mutuo conocimiento. Comenzaron a charlar casi familiarmente, sin esas inevitables timideces, tanteos o reservas de personas que hablan por primera vez. El hizo su propia presentación en cuatro palabras. Se llamaba Arnaldo Montojo, y era americano, nacido en Washington, de padre español y madre francesa. Tenía veintiocho años y más de veintiocho millones de fortuna. Cansado de Nueva York, donde vivía, había salido hacia un año a dar una vuelta por Europa. En Barcelona sólo llevaba dos meses, después de haber pasado una temporada en Madrid y otra en Sevilla. Su buena estrella le había llevado a conocer la mujer más bonita de España, a cuyos pies ponía sus millones y su existencia entera, para que haga usted—concluyó diciendo—

de ambas cosas lo que más le agrade.

Lina sonrió a las galanterías del americano, que si hubo de atraerle con su presencia desde la butaca, aún más le cautivaba oyéndole hablar.

Arnaldo Montojo continuó:

—Pero yo quiero para mí solo a esta mujercita deliciosa, ¿sabe? Y la mujercita tiene un señor al lado, un señor, marido o amante, lo que sea, que no se separa de ella, que la sigue a todas partes, que está siempre en su "camerino". Pues bien, si la señorita quiere yo la llevo a correr mundo, a divertirse, a gastar milloncitos... Si quiere cantar en Nueva York, yo la compro allí un teatro o lo mando hacer para ella sola; si no quiere cantar más que para mí, yo la pagaré a peso de oro cada canción, y si ni aun para mí quiere lucir la voz, qué remedio, tendremos en casa un pajarito mudo...

Lina reía oyendo estas cosas; le hacía gracia aquel hombre, le sugestionaba con su simpatía. Caminaban despacito, mirándose, entre la arboleda que filtraba el sol de la tarde de Septiembre.

De pronto, el americano echó mano al bolsillo.

—Perdóneme! Lo primero de que debí acordarme es de lo ofrecido. Y aquí lo tiene...

Sacó un estuche, lo abrió y mostró a los ojos de su gentil amiga lo que contenía; era el prometido collar de perlas. Los ojos de Lina claváronse co-



diciosos en las redondas cuentas. Con gallante ademán, el americano ofreció a Lina el estuche.

A cogerlo iba; pero se detuvo:

—No sé si debo... Todavía no somos lo bastante amigos para poder aceptar-le un obsequio de esta clase...—Y le sonreía con alegre mimo—Y además...

Lina pensó de pronto que Galbis podría descubrir el regalo y alarmarse con motivo. Mejor sería que su adorador lo guardase hasta que...

La idea de la fuga daba vueltas en la cabeza de Lina con la obstinación de las cosas obsesionantes. Durante un rato, sin desplegar los labios, pensó, midió y maduró aquel pensamiento. Vióse lejos de Barcelona, lejos de España, en alta mar, en Nueva York después, debutando en un teatro soberbio, dueña de un palacio, corriendo luego en trenes y en barcos a otros países distantes... Sí, aquel hombre le atraía, iba a ser su destino y su felicidad, iba a hacer palpables sus sueños ambiciosos, sus sueños locos, los que jamás realizaría al lado de Galbis, ¡y también los que la elevarían cien codos sobre el poderío de Aurelio!

Esta última reflexión pesaba, acaso, más que todo en su propósito. Sentíase como humiliada por el encumbramiento de su marido, como vejada por su gloria, y era preciso, absolutamente preciso, elevarse sobre él. Al cabo de su silencio y sus reflexiones, habló así:

—Guarde usted el collar... hasta que no pueda vérmelo puesto el que llama usted *mi dueño*.—Y terminó la frase entre sonrisas.

—¿Y he de esperar mucho?—pre-

guntó con vehemencia el americano.

Lina quedóse pensando, indecisa. El americano prosiguió:

—¿Por qué, si ha de ser, no es cuanto antes, mañana mismo, esta misma noche?... No se detenga... ¿Qué tiene usted que hacer? Recoger sus ropas, sus alhajas, sus objetos predilectos, nada más. Hoy mismo puede hacerlo con todo sigilo, y mañana salimos de Barcelona con rumbo a Cádiz; allí embarcamos, y a ver mundo, y a ser felices, mi celestial amiga... ¿No le parece? Dígame... ¿Dónde quiere que mañana vaya a buscarla? Yo me hospedo en el Palacio... ¿Quiere ir allí, mañana, para salir de Barcelona en automóvil? La esperaré en el Hotel hasta que llegue, ¿no?

Lina contestó con firmeza:

—De acuerdo. Disponga el auto para las doce. Antes de esa hora estaré en el hotel.

Y le tendió la mano a manera de juramento, estrechándola él con fuerza.

Todavía anduvieron buen rato por el Parque, en amoroso idilio, fijando nuevos detalles para la fuga. Desistía ella de llevar sus trajes; no era empresa fácil el hacer y enviar al Palacio los varios baúles de su vestuario, sin que se enterara Galbis, a quien no podía alejar de la fonda mucho tiempo. Para salir sola era necesario inventar, como lo había hecho aquella tarde, algún pretexto ingenioso.

Al separarse a la puerta de los jardines, Lina tomó un carruaje, y el americano, luego de ver alejarse el vehículo, siguió con lento andar el paseo de Colón.





La butaca número 2 estuvo ocupada aquella noche por el acostumbrado espectador. Durante su trabajo, Lina no cesó de cambiar sonrisas y miradas con su nuevo amante, el verdadero Príncipe—y no Aurelio—de sus sueños, que dentro de pocas horas iba a empezar a realizarlos.

Para que su fuga no sorprendiese a nadie más que a Galbis, víctima obligada de aquella gran jugarreta, Lina, terminada su sección, comunicó al empresario que rescindía el contrato. Un asunto urgentísimo la obligaba a salir para Madrid al día siguiente. Al propio tiempo rogó que no dijese a nadie una palabra aquella noche, porque así le convenía. El empresario aceptó encantado la rescisión de contrato. "Rosa de Sevilla" no había respondido en Barcelona a la expectación producida por su reclamo. Precisamente contaba ya con otra artista de gran cartel, de cartel positivo, que llenaría el hueco de Lina.

No durmió bien aquella noche. La desvelaba el recuerdo de Arnaldo, la fuga de dentro de unas horas, el porvenir que se abría ante sus ojos... Levantóse temprano. Sin hacer ruido, porque Galbis dormía, recogió todas sus alhajas—pulseras, pendientes, relojes y cadenas de oro, sortijas, una gargantilla de brillantes y otros objetos caros y caprichosos, cuanto su afán de lujo había logrado extraer a la bolsa de su amante—y lo guardó todo en un pequeño maletín. Gozándose en la contemplación de su tesoro, desprendióse los pendientes y los ani-

llos que llevaba y sumándolos al montón, abarcó éste en una amplia mirada deleitosa, como el avaro que se recrea en el espectáculo de su oro... Un movimiento de Damián la hizo cerrar rápidamente el maletín. Vestida ya y sin saber qué hacer hasta la hora de la cita, sin saber tampoco qué inventar para que Galbis la dejase salir sola o saliese él antes, tuvo una idea repentina: escapar en aquel momento, aprovechando el sueño de Damián... Sí, era lo mejor. Porque podía hacer el diablo que el plan se frustrase por cualquier torpeza. Supuesto que Galbis dormía, lo oportuno era aprovechar su sueño. Escaparía y se iría en busca de Arnaldo... o bien haría tiempo—porque eran las ocho de la mañana—en cualquier parte, hasta las doce.

Acercóse de puntillas al lecho... Damián dormía. Púsose el sombrero apresuradamente; cogió unos guantes, cogió el maletín... La voz de Galbis la detuvo:

—Catalinita... hija... ¿dónde vas?

Soltó el maletín y los guantes sobre una silla. Quedóse petrificada y sin habla. Galbis continuó, despercizándose:

—¿Dónde ibas tan temprano? ¿A alguna compra urgente? De seguro... Algún caprichito, algo que se le antojó a la niña, y como no tiene paciencia para nada, pues se iba a comprar el caprichito... ¿no?

Lina vió el cielo abierto para la respuesta.

—Pues sí, hijo... eso mismo. Un



capricho que tenía. Y como estabas tan dormido y yo he madrugado, contra mi costumbre, pues iba a darme un paseo y a hacer mi compra.

—Ajaja... Lo acerté. Como que te conbzo. Pues mira; si ahora tienes la amabilidad de desayunar conmigo, yo saldré después a comprarte el antojo. ¿Te conviene el trato?

Lina, impaciente, pensó en decir que no, que salía ella a comprarlo y volvería en seguida. Pero el maletín era un obstáculo. ¿Cómo cogerlo sin que Galbis lo viera? Así, pues, tuvo que renunciar.

—De acuerdo, hijito. Desayunamos y sales a comprarme... ¿sabes qué?... Pues nada de particular... un bolso, un simple bolso, de nueva moda, que verás en la calle de Fernando, entrando por la Rambla, a la izquierda...

Galbis, que ya estaba vistiéndose, rió:

—¡Ay, qué cabecita! Siempre suspirando por lo nuevo... aunque se trate de un bolso.

Terminado el desayuno, Galbis se despidió. Lina fingió ocupación.

—Vuelvo pronto... antes de media hora me tienes aquí. Pero escucha, por qué he de ser yo solo quien vaya a comprarlo? ¿Por qué no vamos juntos? ¿No es mejor todavía? Anda, vamos, y...

—¡No, no!—rechazó, nerviosa ya, Lina, ante la idea de que surgieran nuevas dificultades.—Yo me quedo; tengo que arreglar unas cosas... Además, la gracia está en que seas tú quien vaya.

—Bien, bien... no te alteres... Y hasta luego.

Lina lo vió marchar llena de ansiedad. Luego corrió al balcón para verle salir.

Galbis apareció en la calle y tomó a buen paso su camino...

—¡Ve bendito de Dios!—suspiró ella, saliendo del balcón.— Cuando vuelvas con tu bolso, tendrás que regalárselo a la dueña de la fonda... o

a otra que te guste tanto como yo. ¡Las cosas de la vida, hijo! Perdona... ¡Pero hay que vivir!

Púsose el sombrero, sin prisas esta vez, cogió el maletín y salió. Ya en la calle, se detuvo. ¿Adónde iría? No eran más que las nueve y media. Arnaldo acaso durmiese todavía, soñando con ella, con su amor, que grande debía de ser cuando tan caro iba a pagarlo. Pero aunque así no fuese... ¡le atraía tanto aquel hombre, le gustaba tanto! Si ella fuese capaz de querer a alguien, si ella pudiese sentir por un hombre algo más que atracción física o ambición, ese hombre sería Arnaldo.

Para hacer tiempo, anduvo por la Rambla de Cataluña, en dirección contraria a la de Galbis, mirando escaparates. Luego recorrió el Paseo de Gracia y lo repasó en regreso... Eran ya las once. Junto al teatro de Novedades tomó un coche dando la dirección del Palace Hotel.

Al llegar vió detenido a la puerta un auto. Acaso fuese el destinado a llevarla hacia su nueva vida.

—¿Don Arnaldo Montojo?

Funcionó el teléfono de la oficina. Contestaron. "Cuarto 17, segundo piso". Entró en el ascensor, un criado la acompañó luego por el alombrado pasillo... En la puerta del cuarto esperaba sonriente, rendido, el americano.

Cuando quedaron solos, un abrazo, el primero, y un beso con él, sellaron sus nupcias. Mirábanse largamente, ilusionados, felices. Lina suspiraba con efusión nueva en su vida.

—Este maletín, son tus cosas, ¿no?

—Sí, mis alhajas.

El americano preguntó:

—¿Quieres descansar un poco? Estas sofocada... Anda, siéntate... Pero antes voy a enseñarte mis dominios. Ven... Verás la alcoba... Recogeremos mis maletas... Pasa...

Pasó Lina a la habitación contigua y tras ella, con rápido movimiento del



americano, cerróse la puerta que comunicaba con el gabinete, oyéndose la vuelta de una llave.

Lina dió un grito como de desmayo, de desfallecimiento, en tanto que Arnaldo cogió el maletín que ella hubo de dejar sobre una silla y desapareció del gabinete...

A los nuevos gritos, más agudos, de Lina, acudieron criados del Hotel.

—¡Corran... al hombre que ha salido con un maletín... he sido robada... ¡Robada!...

Mientras unos salieron en pos del ladrón, otros intentaban abrir la cerradura que el huésped del cuarto puso sin duda aquella mañana en la puerta de la alcoba. Para conseguir libertar a Lina, hubo que quitar los tornillos de la cerradura.

## XI

### PUNTO Y SEGUIDO

—¡Robada! ¡Robada!... ¡Todas mis joyas... todos mis brillantes!...

Lina lloraba de ira, de despecho, de haber sido engañada tan vilmente...

Volvieron los criados que corrían tras el fugitivo... Nada, ni rastro... Cuando salieron a la calle, ya hacía minutos que había partido el automóvil que esperaba.

Lina gritó loca, enfurecida:

—¡Que avisen a la Policía por teléfono... Den ustedes las señas de ese hombre... Que lo cojan antes de salir de Barcelona...!

Un criado fué a decirlo a la oficina del Hotel, mientras otro registraba la alcoba. Sólo había en ella una maleta grande con ropas, periódicos... Se encontró una cartera; contenía un puñado de tarjetas a nombre de César Montiel... Se encontró también un estuche; lo abrieron... Era el famoso collar de perlas...

Lina, presa de nerviosa crisis, lloraba desesperadamente:

—¡Serán perlas falsas... falsas como el nombre de las tarjetas, como el otro de Arnaldo Montojo... Dios sabe cómo se llamará el muy ladrón!... Y también serán falsos los brillantes que lleva...

Cuando, pasado un buen rato, aplacada la crisis nerviosa, Lina regresó a la fonda, la camarera a su servicio le entregó una carta que Galbis había dejado para ella y que decía así:

“Todo se acaba, Catalinita, y también mi bondad. Lamento en el alma el final tan desconsolador que te ha deparado la aventura del caballero de la butaca número 2 de la fila primera. He querido darle caza para recuperar *nuestras* joyas, pero, caray, yo no contaba con el detalle del automóvil, y estos trastos corren mucho. Lo siento por ti. Y pongo punto final a nuestros amorcitos porque ya que no con ese caballero tan listo, podrás fugarte con otro que tenga más atractivos que los de mi humilde persona. Buena suerte, y a vivir, hijita”. Postdata: “Dejo pagada hasta el día de hoy la factura de la fonda”.

Lina estrujó el pliego con furia. ¡Ah, el hipócrita! Lo sabía todo, se había hecho el dormido cuando ella sacaba las joyas, la había seguido por la calle hasta el Palace... Pero se las pagaría, juraba ella que se las pagaría...



Y ahora, ¿qué hacer? Sin contrata por el momento, sin sus joyas, que era lo peor, lo que más cartel daba a "Rosa de Sevilla", sin dinero para seguir viviendo... Sólo le quedaba su vestuario, su rico vestuario...

Pero—en medio de su desolación, en medio de su ira—sonrió triunfalmente. Le quedaba más, le quedaba todo, le quedaba lo mejor... Su ju-

ventud, su belleza, su nombre de artista, su arte de mujer para atraer y fascinar... Le quedaba todo. Lo único indispensable era el no dejarse engañar otra vez tan estúpidamente. Fuera de esto, el porvenir volvería a ser suyo. De nuevo comenzaba su vida. De nuevo se abrían sendas luminosas ante los ojos, rojos de llorar, de "Rosa de Sevilla."

## XII

### LA BUTACA NÚMERO 2

Lina tendió la mirada sobre los baúles, las cajas y las perchas que contenían su vestuario de artista—aquél blando tropel de sedas, encajes, gasas y cintas—y le parecieron restos de un naufragio. Era todo lo que le quedaba a "Rosa de Sevilla". Sus brillantes, sus queridos brillantes, los que esplendían en sus orejas, los que fulgían en su garganta, los que destellaban en sus manos, trocáronse en humo...

Pasados los primeros momentos de estupor y de despecho, Lina lloró por su perdido tesoro. Eran lágrimas sin ternura, sin alma, en las que sólo se querellaban la vanidad, la ambición, el placer del lujo. Al mirarse los dedos desnudos, el cuello desnudo, las orejas desnudas, dábale la sensación de estar toda ella en una desnudez de expoliada.

Cara había pagado su simpatía por el americano. ¡Para una vez—para la primera vez en su vida, que un hombre le gustaba por su sola presencia, por su solo prestigio de hombre, aparte su engañosa máscara de millonario! ¿Qué le hubiera ocurrido si llega a enamorarse de él, suponiendo que

fuese susceptible de enamorarse? "¡Bah!—pensó.—No vale la pena de mirar a la cara a ningún hombre como no sea para sacarle los cuartos. Las simpatías y los amores se pagan y son para las tontas".

Pese a este razonamiento, el espectro de Arnaldo Montojo se le aparecía risueño y grato... Era un ladrón, un artista del robo, uno de esos "apaches" de guante blanco que roban en los grandes hoteles extranjeros, pero tenía una figura tan atrayente, vestía tan bien y era tan guapo... Le maldecía por haberla robado sus joyas, pero si posible fuera recuperarlas, y otra vez le viese, le miraría con más agrado que rencor.

Luego se acordó de Galbis, su famoso ex amante... "¡Ah, mi querido Damián—pensó,—cómo has sabido aprovechar la ocasión de volar!... Tenías miedo a mis uñas rapaces, a estas pulidas y nacaradas uñas que te han costado varios miles de duros. Pensaste con razón que al huir Arnaldo, o como se llame ese diablo, con el maletín, yo trataría de reponer en poco tiempo y a costa tuya, los brillantes perdidos. Has querido castigar



mi infidelidad con un gesto gallardo digno de un marido, y salvar, de paso, tu bolsa... No está mal. Pero yo te aseguro, zorro viejo, que me las pagarás alguna vez... Acaso vuelvas a caer en mis redes... El mundo es muy chico y todos nos encontramos por ahí... Un poco de paciencia y a esperar la ocasión..."

Aquella misma tarde se presentó en el teatro donde había actuado hasta la noche anterior. Era preciso renovar el contrato, pocas horas antes rescindido. El empresario la escuchó sonriente y contestó:

—¿No tenía usted que salir hoy mismo de Barcelona? Anoche le importaba a usted mucho rescindir su contrato... Hoy no me conviene a mí continuarlo. Tengo otra artista, ya sabe.

Lina insistió, con argucias, con habilidades. El empresario repuso, valiéndose de la conveniencia de "Rosa de Sevilla" en seguir actuando:

—Si quiere quedarse por ocho días... Sólo puedo ofrecerle este sueldo.

Lina, encoraginada, sintió ganas de insultarle, pero se contuvo. No tenía dinero, no tenía nada... ¿Adónde ir? Acaso le ofreciesen menos en otros teatros. Por el momento, hasta encontrar mejor contrata, no había otro remedio que aceptar. Vería inmediatamente a otros empresarios, acudiría a la Agencia...

El público admiró una vez más aquella noche, las gracias de "Rosa de Sevilla", tan atrayente, tan lujosa, tan enojada como de costumbre... Tan enojada porque Lina había empuñado un soberbio gabán de pieles y había adquirido unos pendientes y unas cuantas sortijas falsas... piedras de relumbrón de las que cubren las apariencias... brillantes gordos, amarillentos, que para vistos de lejos con-

seguían engañar... ¡Lástima no disponer también de la causa de su ruina, de aquel estúpido collar de perlas falsas con que el americano la había deslumbrado! A tenerlo, también haría su papel.

Por capricho de la casualidad, ésta hizo que aquella noche estuviere vacía la butaca número 2 de la fila primera, ocupada durante tantas por Arnaldo Montojo. Sin duda se le reservó en el despacho al acostumbrado comprador, pero una vez comenzada la sección de "Rosa de Sevilla", nadie tomó dicha localidad. Lina, al salir, no pudo contener el impulso de ansiedad que la hizo clavar los ojos en la butaca con la esperanza inconsciente de hallar en ella a su ocupante de tantas noches, al galán ladrón... Y al verla vacía, sintió un ramalazo de ira y una vaga eongoja después, que entrañaba un simbolismo amargo y que era al propio tiempo un presentimiento: el de que jamás llegaría a ser verdad la quimera de sus locas ambiciones; que así como en aquella butaca vacía nunca volvería a sentarse el hombre prometedor de todas las felicidades de la tierra, el corazón de Lina quedaría para siempre vacío de su ideal de grandezas... y que su vida, no sería ya más que una especie de collar de perlas falso... ridículo remedo de la grandeza soñada.

—¡Cuántas tonterías pienso!—dijo para sí al salir de cantar su sección.—Y no vale el hacer cavilaciones tristes y fantásticas, que son una cobardía... Ea, sacudamos estos pensamientos y a afilar las armas, porque hay que dar y que ganar la batalla.

Y diciendo esto, Lina, ante el espejo de su cuarto del teatro, repasaba de polvos su cara lindísima, alegre de nuevo, de nuevo iluminada con lumbreres de tentación.

*J. Ortiz de Pinedo.*





## PECHOS PILDORAS

Desarrollo, belleza y endurecimiento en dos meses, con

27 años de éxito mundial es el mejor reclamo! 6 pías. frasco. MADRID, Gayoso, E. Durán, Pérez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALENCIA, Cuesta; MURIA, Seiquer; ALICANTE, Aznar; SEVILLA, Espinar; SAN SEBASTIAN, Tornero; VIGO, Sádaba; SANTANDER, Sotorrio; MALLOA, "Centro Farmacéutico"; VALLADOLID, Llano; BILBAO, Barandirán. Mandando

650 pesetas sellos a Pousarxer, Marqués Duero, 84, Barcelona, remítase reservadamente certificado. Muestra gratis para convencimiento del éxito. Desconfiad de las imitaciones.

## DOLOR REUMÁTICO

Nada como milagroso ACEITE DE BOMBAY, de fama mundial. 69 años de excelentes resultados.

¡OJO CON MEDICAMENTOS INTERNOS QUE FATIGAN ESTÓMAGO O DAÑAN RIÑÓN! 5 pesetas frasco. Madrid, Gayoso y buenas farmacias. Remítase contra pts. 6. Representante: Pousarxer. Apartado 481. Barcelona.

**Aceites y grasas  
-:- lubricantes -:-**

*Insuperable  
para  
el engrase  
de  
los autos*

SUCESORES DE

**E. Steinfeldt**



## OLEO-MOTOR

*Correas  
de  
transmisión  
y algodones  
para  
máquinas*

Calle del Prado, núm. 15  
Teléfono 984  
**MADRID**

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

Utilísimo a los convalecientes.  
Pedid prospectos.

El SUMMIT combate la Anemia, la Debilidad geneneral, la Neurastenia, la Falta de Apetito, la Pérdida de la memoria, la Impotencia, la Parálisis, los Temblores, etc., etc.

Depositarlos: Gayoso, Arenal, 2. Madrid.  
Segalá, Rambla de las Flores, 14. Barcelona.

## SUMMIT

Tónico  
nervioso

**DEBILIDAD. NEURASTENIA  
CONSUNCION, CLOROSIS  
CONVALESCENCIA**

# ANEMIA

VINO  
Y JARABE

Hémoglobine

**Deschiens**

Todos los Médicos proclaman que este Hierro vital de a Sangre OURA SIEMPRE. Es muy superior a la carne Eada, a las terraginosas, etc. De salud, fuerza. — PARIS.

La dirección de este periódico advierte a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.



# SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLANTICA

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante, de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD